

LAS DAMAS DE LA TELARAÑA

NIEVES MUÑOZ

LAS DAMAS
DE LA TELARAÑA
Ópera en cinco actos



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: junio de 2022

© Nieves Muñoz, 2022
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6395-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 8689-2022

Impreso en España

Sumario

Obertura.	9
Primer acto	35
Segundo acto	191
Tercer acto.	337
Cuarto acto	433
Quinto acto	621
Nota histórica	707
Agradecimientos	713

OBERTURA

PRIMER MOVIMIENTO

El orgullo de Madeleine Pelletier no le permitía girar sobre sus talones y alejarse de aquel edificio de pesadilla. Un silencio irreal la envolvía mientras rodeaba los gruesos muros, en los rincones a los que la luz de la luna no llegaba. Buscaba la puerta de servicio.

Se le había ocurrido acudir a la cita vestida de varón para evitar suspicacias. Si descubrían a una mujer vagando por las calles a esas horas de la noche, estaría en un buen apuro. Aunque, en ese año de 1892, fingir ser un hombre la llevaría a la cárcel; o peor, al edificio al que estaba a punto de entrar.

Llevaba un abrigo largo con solapas y la corbata a modo de una flor oscura entre ellas. El sombrero gris de *tweed* bien calado cubría el moño con el que se había recogido la melena. Nunca le había dado mucha importancia a su figura, pero, ahora, que los pantalones no le marcaran las curvas le parecía una ventaja.

Mientras se acercaba, creía escuchar los gritos de las pacientes allí recluidas, avivada su imaginación por las historias que entre susurros y al abrigo del fuego recorrían París. El hospital de la Pitié-Salpêtrière había sido primero una penitenciaría para prostitutas, y ahora lo era para las locas. Allí agonizaban las desahuciadas, las repudiadas o aquellas a las que habían querido dejar en el olvido. Las comadres chismorreaban, con los ojos desorbitados y una sonrisa entre el morbo y el horror, que los doctores las torturaban y experimentaban con sus cuerpos para intentar comprender sus mentes rotas.

Madeleine apretó el paso. Evitaba mirar hacia los ventanales, encerrados en una oscuridad que intentaba abrirse paso entre las juntas de la madera, tras los que imaginaba cientos de ojos observándola, vigilantes y agresivos, concededores de la invasión de sus dominios. Como futura estudiante de Medicina, creía en la ciencia para curar las enfermedades y estaba preparada para enfrentarse a ellas. Excepto a la pérdida de la cordura. Los locos le producían un miedo cerval. Se secó con el pañuelo las gotas de sudor frío que le rizaban el cabello en la nuca.

Tenía ganas de terminar con aquello. Alargó las zancadas; casi corría, aunque el taconeo de sus propias botas contra el asfalto la sobresaltara.

Todo había comenzado el miércoles anterior. Una niña inocente encerrada entre sórdidas paredes. Eso explicaron tras uno de los discursos sobre el sufragio femenino en un cobertizo a orillas del Sena. Y ella se ofreció voluntaria. En esos círculos en defensa de los derechos de la mujer halló su razón para luchar tras huir de una madre dominante y un padre borracho. Aquellas mujeres la apoyaban, e incluso la habían convencido de cursar el bachillerato. Por eso estaba muy ilusionada; quería entrar en la Universidad de Medicina y necesitaba devolverles de algún modo la confianza que habían depositado en ella, contribuir a la causa. Sin embargo, ahora, inmersa en la oscuridad, a punto de traspasar aquellos muros con sus falsas líneas elegantes y esa aura amenazadora, sólo el sufrimiento de esa pequeña se antepone al terror que le recorría las entrañas.

Perdió de vista la cúpula recortada contra el cielo estrellado cuando alcanzó la puerta de servicio, y llamó con el número de golpes acordados. Retuvo el aire en los pulmones mientras la hoja giraba sobre sus goznes.

—¡El hospital está cerrado!

Madeleine se sorprendió por un momento. Y entonces entendió: esperaban a una mujer.

—Soy la sufragista —susurró con su voz más dulce.

Un ojo entrecerrado la observó durante unos instantes, y la acusación sin pronunciar flotó a través del resquicio abierto.

–¡Llega tarde! ¿Por qué demonios va vestida así? Esto nos complica muchísimo las cosas...

Madeleine musitó una disculpa. Por su mente cruzó la imagen del libro de anatomía en que había estado enfrascada hasta que se percató de la hora. Estudiaba sin descanso, pues debía aprobar los exámenes para acallar a ciertos profesores y compañeros. Pero una punzada de culpabilidad le hizo apretar los labios; también debía comprometerse más con la causa. No volvería a fallar.

La puerta se abrió del todo, y una fuerza inesperada tiró de su cuerpo hacia el interior. La mujer que la esperaba dentro era tan diminuta que apenas llenaba su vestido de lana basta y color indefinido. El delantal atado a la espalda estaba cubierto de manchas diversas.

–¡Esto no entraba en los planes! Debería haber llegado antes. ¡Y vestida así! La niña ha pedido su toma. Eso complica las cosas, porque tenemos que ir a buscarla y no sé cómo reaccionará. Normalmente es pacífica, ¿sabe? Pero cuando se le acerca un hombre... La niña estará enganchada, y eso es una contrariedad, vaya por Dios. Necesitaré que venga conmigo, aunque es importante que se quede fuera y no la vea. –Gesticulaba con nervios al tiempo que sacudía la cabeza, cubierta por un pañuelo gris que llevaba anudado sobre la frente; los extremos parecían las orejas de un ratón moribundo.

No miró a Madeleine a los ojos cuando le indicó por señas que la siguiera.

Madeleine no perdía fácilmente el habla, pero se había imaginado que le entregarían a la niña en cuanto llamara a la puerta para poder irse de allí enseguida, y no era capaz de despegar los labios. El silencio pareció ser del agrado de su guía.

–Precisamente he acudido al círculo porque no necesito chismosas. ¡Esto no puede salir de aquí, o nos encarcelarán a las dos! No lo podía consentir, ¿sabe? No voy a dejar a mi niña en manos de esas viejas supersticiosas –gruñó la mujer.

–¿Su hija? Yo vengo a por la hija de una... interna –repuso Madeleine confundida–. Lo convenido...

–¡Pues claro que es la hija de una de estas pobres locas! –la interrumpió con un ademán de impaciencia–. Pero a esa niña la he criado yo desde que nació. No tuve valor de separarla de su madre. ¿Cómo iba a dejarla en aquella rueda del demonio del hospital Sainy-Vicent-de-Paul?

Madeleine se estremeció. Conocía el método para abandonar a los bebés no deseados en un lugar seguro y preservar a la vez la intimidad de los padres. Gracias a aquello, los cuerpos inertes recogidos en el Sena habían disminuido, pero no dejaba de ser horrible... La criatura era depositada en el interior de un cajón de madera encastrado en un hueco del muro, montado sobre un eje, de forma que se podía girar hacia el interior del hospicio. Pero en muchas ocasiones esto sucedía de noche, y el bebé moría de frío. Además, cuando era más grande que el hueco, en el caso de que ya tuviera unos meses de vida, muy probablemente la propia rueda lo aplastara al moverse.

–Sabía que no podía esconderla aquí durante mucho tiempo, pero ¿qué podía hacer? –continuó la mujer–. Por lo menos he conseguido mantenerlas juntas dos años..., hasta que el viejo Charcot la descubrió y amenazó con echarme. No se atrevería, ya lo creo que no... Pero cierto es también que éste no es el mejor sitio para una cría. La llevé entonces con las hermanas de la caridad, y todo parecía arreglado. ¡Ja! No la dejaría con esas brujas ni aunque me volviera tan loca como las enfermas de este hospital. ¿Sabe lo que me dijo una de esas «servidoras del Señor» al verla? –Esta vez sí que clavó su mirada de ratón en Madeleine y negó en silencio–. Que la niña estaba marcada por Satanás.

De repente, toda su ira se transformó en velocidad, y Madeleine resopló mientras la seguía como podía por las entrañas del edificio.

–¿Por eso contactó con el círculo feminista? –preguntó la muchacha, con el habla entrecortada por el esfuerzo.

–Quiero asegurar a mi niña un buen hogar, una familia decente. No quiero que sufra la suerte de su madre. –Volvió la cabeza un instante, sin detenerse, y se pasó la lengua por los labios–. La madre... Una desgraciada que tuvo la mala suerte de

ser guapa y trabajar de sirvienta para unos malnacidos en Étretat, su pueblo natal en Normandía. Dos ingleses que juraban dedicarse a la literatura. ¡Ja! ¿Sabe usted las cosas que debió de ver la pobre en esa casa? Aún tiene pesadillas con monos de vergas rojas y duras que la persiguen mientras esos hombres se ríen y le levantan la falda. Grita sus nombres, jadea entre sudores fríos. «¡Señor Swinburne! ¡Señor Powell! ¡No, por favor!», balbucea de vez en cuando. ¿Cómo no iba a hacer cosas raras? Catorce años tenía la criatura cuando la trajeron aquí. Se había quedado rígida, como una estatua, con la espalda arqueada hacia atrás y los ojos muy abiertos. Estuvo así tres días enteros y luego, una mañana, se sentó en la cama y preguntó dónde estaba, como si no hubiera pasado nada. ¿Le suena el nombre de Guy de Maupassant? –La mujer buscó la mirada de Madeleine, un tanto perdida por esa conversación que avanzaba a golpes–. Él pagó su ingreso cuando era apenas un muchacho. Y años después aparece por aquí intentando disuadir al doctor Charcot para visitarla. Le contó que él también estuvo en esa casa del demonio junto con la pobre Vivianne y conoció a esos horribles ingleses. ¡Era cierto que se amancebaban con monos! Quiso verla a solas, pero el doctor se negó, alegando que empeoraría su estado. El señor Maupassant tenía algo turbio en la mirada cuando se marchó. Que Dios nuestro señor me perdone... Su mayordomo, un tal François Tassart, me buscó más tarde. Yo necesitaba pagar unas deudas..., pero no debí sucumbir. –Se detuvo de repente, persignándose, y Madeleine casi se choca contra su cuerpo enjuto–. Por eso me hice cargo de la pequeña. Fue sólo una noche, por el amor de Dios...

Habían llegado a las cocinas. Enormes ollas borboteaban sobre los fuegos, y los aromas de la comida se mezclaban en una humareda tan densa que a Madeleine se le revolvió el estómago. Tres mujeres de edad indefinida, con los rostros sudorosos y ajados por los años de trabajo, se afanaban entre los pucheros.

–¡No os asustéis! –les avisó la mujer a su espalda–. Es una joven que viene a por la niña –explicó con una mirada cómplice–. Las sufragistas le han encontrado una familia.

Dejaron sus labores al instante y, frotándose las manos húmedas en los mandiles, alteradas, comenzaron a hablar todas a la vez.

–¿Estará bien?

–Esa pobre criatura...

–¡Espero que sea una familia decente!

–¡Callaos! La señora de mi prima es miembro del círculo y me ha dicho que todo está bien. Ella ha sido la que ha encontrado a la familia –las cortó de forma brusca la pequeña mujer, como si la sangre fuera suficiente aval para cerrar la conversación. Tomó un candil dispuesto sobre una de las mesas y se llevó un dedo a los labios a modo de advertencia. Sin más, agarró del brazo a Madelaine y la arrastró hasta unas escaleras estrechas que ascendían hasta las habitaciones donde estaban recluidas las pacientes.

–¿Podremos despedirnos de ella? –La voz de una de las cocineras llegó amortiguada, pero la otra no se dignó a contestar.

Con cada escalón que dejaban atrás, los sonidos de las internas se escuchaban más claramente. Murmullos que acababan en chillidos desgarradores, gritos que cesaban de repente y daban paso a un silencio aún más desquiciante, lamentos que se transformaban en aullidos animales, risas fuera de lugar. Madeleine se frotaba los brazos, consciente de que, sin darse cuenta, se había echado a temblar. La luz rojiza, las sombras confusas a su alrededor y el hueco asfixiante de la escalera de servicio tampoco ayudaban. Antes de llegar a la cuarta planta, la mujer se detuvo y acercó su rostro consumido al de ella.

–No debe tener miedo a la locura, señorita. Estas almas han escogido un camino para no sufrir. Algunas nacieron ya en un laberinto sin salida. El miedo es el que abre la puerta a los monstruos, pero ¿quién puede decidir hacia qué lado lo hace? Nunca lo olvide... –le susurró.

–Sólo una pregunta... –Madeleine sintió que su curiosidad se imponía-. ¿Fue uno de los ingleses el que la dejó embarazada?

–Más hubiese querido yo. –Volvió a persignarse-. Todas ellas son mis criaturas, ¿sabe? Las visito en sus habitaciones cuan-

do el personal médico duerme, las arropo después de los baños de agua helada o las consuelo del llanto tras los masajes entre las piernas. Lo peor es la electricidad, con todos esos aparatos que hacen que mis niñas se agiten sin parar y queden agotadas. Yo las velo cuando todos duermen. Sólo la dejé sola en una ocasión... La pobre llegó aquí con catorce años, y ahora tiene veintiocho... –Soltó una mirada como para comprobar si había sido lo suficientemente elocuente.

Al pasillo abocaban decenas de habitaciones. El suelo, de tan pulido, creaba la sensación irreal de caminar sobre agua. Los techos altos y la extraña calma sorprendieron a Madeleine, que, por fin, aun notando el ardor en sus mejillas, respiró tranquila. Avanzaron hasta la última puerta, y allí la mujer le pasó el candil, sacó una llave que llevaba colgada del cuello y la abrió.

–Que no la vea –susurró–. En cuanto le dé a la niña, salga por donde ha venido. Yo calmaré a la madre.

La escena parecía sacada de un fresco religioso. Una joven pálida, sentada en una mecedora y con el camisón abierto por delante, amamantaba a una pequeña de bucles cobrizos. La cría enredaba entretanto un mechón de cabello de su madre entre sus dedos, y en ese momento ésta aferró la manita con la suya y comenzó a cantar una nana.

La mujer se llevó un dedo a los labios e hizo un ademán para que Madeleine se ocultara en la oscuridad, tras la puerta.

–Tengo que llevarme a la niña, Vivianne. Ya ha terminado la toma –pidió con una voz muy suave, casi mimosa.

La interna apretó a la pequeña contra su pecho y la miró desafiante. Madeleine vislumbró algo extraño en los ojos de la interna.

–¡No! Aún no se ha desenganchado, y me prometiste que era mía hasta que acabara de comer. –Flexionó los dedos de los pies descalzos alternativamente, como si se preparara para correr.

–Vi, mi querida y consentida Vi... ¿Quién te acaricia la frente cuando te duele la cabeza después de estar con el doctor? ¿Quién te cuenta cuentos en las noches en las que no puedes dormir? –Se acercó a ella muy despacio, hasta rozar el cabello

ensortijado de la niña, que respondió con un gorgorito sin sacar el pezón de su boca-. ¿Quién te trae a tu niña?

Vivianne respondió con un mohín de disgusto, pero relajó los hombros y retiró a la cría de su pecho. En cuanto la pequeña sintió el vacío alrededor de sus labios, rompió a llorar. La mujer la agarró de las axilas, tiró de ella y se la colocó a horcajadas en la cadera.

-Shhhh... Despidete de mamá. -Trató de calmarla mientras se movía adelante y atrás, meciéndola.

-¡Está llorando! -gritó Vivianne, levantándose y extendiendo los brazos hacia ellas-. ¡No ha terminado aún! ¡Devuélvemela!

Madeleine quedó horrorizada al ver el cuerpo de Vivianne. Antiguas cicatrices relucían a la luz del candil como hilos nacarados formando una telaraña, mientras la leche le goteaba de los pezones y resbalaba hacia su vientre. No pudo evitar la muchacha dar un paso hacia delante, y la luz del candil la iluminó. La paciente clavó sus ojos, uno azul y otro verde, en ella durante un instante, se llevó las manos a las sienes, como presa de algún ruido o dolor, y cayó de rodillas. Acto seguido, se desplomó sobre el suelo, flácida.

-¡No, Vi, otra vez no! ¡Coja a la niña y salga de aquí, señorita! -La mujer le pasó a la pequeña, que lloraba desconsolada e intentaba bajarse al suelo para volver con su madre, e inmediatamente se arrodilló junto al cuerpo de la interna. Ésta arqueaba la espalda y se agitaba con los ojos en blanco-. ¿Qué hace ahí parada? ¡Váyase ya! ¡Está a punto de...!

Pero la enferma no la dejó terminar. Su rostro se había contraído de tal forma que no parecía la mujer maternal de antes, sino un demonio salido de algún fresco románico referente al infierno. Aferró la cabeza de la cuidadora con ambas manos y, con todas sus fuerzas, la estampó contra el suelo. Unas gotas de sangre salpicaron al instante la piel pálida de su rostro y su camión, y un crujido resonó en la habitación. Madeleine no esperó más y corrió con la niña hacia el pasillo. Sólo escuchaba sus pasos y los gemidos entrecortados de la pequeña contra su cuello,

llamando a su madre. Bajó los escalones de tres en tres, hasta que una patada de la niña hizo que el candil se rompiera contra la pared y se apagara. Dio gracias porque las cocinas ya estaban cerca; su luz iluminaba de forma tenue lo que restaba de trayecto. Apenas podía sujetar aquel pequeño cuerpo que se revolvía y le pegaba puñetazos en las mejillas y puntapiés en el abdomen. El ruido de su carrera había alertado a las tres cocineras, que salieron a recibirla.

–¡Avisen a alguien! ¡La madre ha... ha...!

Su expresión de espanto debió de ser explicación suficiente, porque las tres desaparecieron escaleras arriba. Madeleine supuso que para dar la voz de alarma. Mientras, la niña le clavaba las uñas en la nuca y le tiraba de los cabellos que se le habían soltado del recogido. No se quedó a esperar noticias. Nadie debía saber de su misión o todo se desmoronaría y comprometería la supervivencia del círculo. En cuanto se alejó unos metros del muro que circundaba el hospital, bajó a la niña al suelo y la tomó de ambas manos, apretando sus muñecas con fuerza. Aún gimoteaba y trataba de zafarse.

–¡Basta! –La zarandéó hasta que la pequeña se quedó muda. Luego la soltó y se llevó los dedos al cuello, lleno de arañazos–. ¡Mamá ya no está, ahora sólo me tienes a mí! ¡Así que cállate y sé buena!

Madeleine no sabía cómo se iba a apañar con esa cría salvaje hasta que la llevara con su nueva familia a la mañana siguiente. Tampoco podía entender la devoción que le profesaban las trabajadoras del hospital.

Entonces la niña levantó la cabeza y clavó sus pupilas en las de ella. En su mirada se mezclaba el azul de hielo de un iris y el verde intenso del otro. Ambos colores se fundían en un aura rojiza, como reflejo de sus cabellos. Y había algo más. Madeleine quedó engullida por un mundo de posibilidades tras sus pupilas. Se sorprendió pensando que esa niña estaba destinada a hacer grandes cosas, tanto buenas como malas. Y cayó en la cuenta en ese mismo momento de que tenía los mismos ojos de su madre, que justo ésa era la peculiaridad que tanto había llamado su aten-

ción; un instante fugaz de conexión entre ellas antes de que le arrebataran a su hija. Madeleine se llevó la mano al pecho para intentar retener las emociones que la embargaban.

Entonces la pequeña sonrió, y la muchacha se sintió prendada, irremediabilmente, de aquella criatura.

SEGUNDO MOVIMIENTO

Las dos niñas deshicieron los lazos con que se anudaban las faldas de tul a la cintura. La sesión de baile había acabado hacía un rato, pero ellas siempre se las ingeniaban para remolonear por el Foyer de la Danse, la sala donde se ensayaban los ballets más importantes que se estrenarían en la Ópera Garnier esa temporada. Situada detrás de la torre que albergaba los escenarios del auditorio, era un espacio con una decoración ostentosa acorde con el resto del inmenso edificio, plagado de arcos, lámparas de araña, dorados y rojos.

Las habían pillado espiando detrás de una columna, embelesadas con los movimientos hipnóticos de una bailarina, y las habían echado de malos modos. Ahora estaban solas en la modesta estancia donde se cambiaban las alumnas externas, justo sobre el Foyer, en el tejado mismo del palacio. Las otras niñas se habían marchado ya, acompañadas por sus madres. Pero ellas, rezagadas, volvían a ponerse con desgana esos vestidos de diario que les parecían apocados y aburridos para un lugar como aquél.

Una, tan pequeña y delgada que parecía un hada etérea sacada de un relato de Shakespeare, con el cabello cobrizo serpenteando hacia la terminación de su espalda y una mirada desconcertada y soñadora, hubiera anhelado tener consigo a una madre que velara por su seguridad. Sólo su hermano mayor estaba siempre cerca para protegerla.

La otra brillaba en cada movimiento, ya fuera por los bucles dorados que saltaban sobre sus hombros, incapaces de mantenerse recogidos en el moño, por sus ojos como mares cambiantes o por la fuerza felina de su pequeño cuerpo a pesar de sus esca-

sos once años. No le importaba que su madre se ausentara durante las clases y luego la recogiera apestando a absenta. Prefería estar sola.

Y tal vez fuera esa soledad compartida lo que las había unido cuando comenzaron a acudir a las clases de danza. De una amistad inicial, se habían hecho inseparables.

Niní era pura fantasía, mientras que Claudine pertenecía a la tierra.

Niní se sentó sobre el suelo y apoyó la espalda contra la pared. Sumergida en la penumbra de la tarde invernal, admiraba el tejido etéreo y metódico de una pequeña araña en un rincón. Le sorprendió la risa despreocupada de Claudine, que daba vueltas para comprobar el vuelo de su vestido de algodón barato, removiendo el polvo de la sala. Al poco, ésta se dejó caer en uno de los bancos de madera y se miró la punta de los pies con un mohín de disgusto.

—Espero que mamá tarde. No quiero irme a casa.

Su compañera se quedó un momento inmóvil, como si no la hubiese escuchado. El viento chocaba contra los ventanales, produciendo un sonido semejante a un trueno, y Niní volvió el rostro hacia el cristal para ver si se mantenía entero. La luz de la tarde moría de forma prematura ahogada en nubes de tormenta, y en el interior de la sala se multiplicaban las sombras. Se mordió el labio mientras Claudine la miraba con un gesto interrogante.

—Aún tengo un rato. Clément vendrá hoy más tarde. ¿Sabes? Es el momento perfecto para una historia de miedo —afirmó tras un estremecimiento—. Mi padre me ha traído esto de su último viaje a Nueva York. —Se levantó de un salto y cogió la bolsa donde había guardado su indumentaria de ballet. La maleta de cuero verde y forma redondeada era la envidia de todas las niñas que acudían a la Ópera Garnier. Se la había regalado un amigo de la familia, un alemán adinerado que frecuentaba su casa para hablar de negocios con su padre. Le mostró un objeto rectangular y plano del tamaño de un lienzo pequeño—. Mamá no se ha enterado aún, así que no podemos tardar mucho en probarlo. ¿Qué te parece?

Claudine lo miró con curiosidad. Se trataba de un tablero con las letras del abecedario grabadas en negro y dispuestas en dos arcos, uno sobre otro. Debajo, una fila de números del uno al diez. Señalando cada esquina superior y enfrentadas, la palabra «Yes» y su antónimo «No». El barniz destelló bajo la luz de un relámpago.

—¿Qué es esto, Niní? —preguntó mientras se arrodillaba para examinarlo más de cerca. Pasó las yemas de los dedos por el tacto cálido de la madera, como si se tratara de la piel de un animal vivo.

—Una *ouija*. Es un juego para hablar con los espíritus.

—No hablarás en serio...

—¡Claro que sí! Está causando furor en la reuniones de las damas americanas. Se colocan formando un círculo, con la *ouija* en el medio. ¿Ves este trozo de madera? —Niní acunaba en la palma de la mano un óvalo terminado en punta—. Se pone sobre la tabla, donde no hay letras, y todos los participantes apoyan un dedo encima. —Hizo una pausa teatral y, clavando la mirada en Claudine, bajó la voz—: Se hace una pregunta, y los espíritus la contestan...

—Eso es imposible —contestó la niña tragando saliva.

—Podemos comprobarlo. Mi padre me contó que la madera se desliza sola hacia las letras, sin que nadie la mueva, para formar las respuestas. —Niní ladeó la cabeza y frunció el ceño. Miraba fijamente la palabra «Yes»—. Espero que los espíritus hablen nuestro idioma.

Claudine resopló y sacudió la cabeza con suficiencia.

—Si los espíritus son franceses, contestarán en francés.

—Muy aguda, *ma petit rat*.

—No me llames así, Niní. No lo soy, y no lo soporto. —El rostro de Claudine se oscureció, y sus iris destellaron con una amenaza helada.

La otra niña se apresuró a tomarle la mano y se la llevó a los labios. La besó repetidamente, hasta que las facciones de su amiga se suavizaron de nuevo.

—Lo siento, lo siento, lo siento... ¿Me perdonas, Claudine? Si lo haces, te regalo uno de mis vestidos nuevos.

–Regálame tu bolsa y quedamos en paz.

–No estoy tan arrepentida –contestó Niní sacándole la lengua.

Las dos estallaron en una carcajada que se fue apagando poco a poco, entre gestos de complicidad, hasta que el silencio se posó de nuevo sobre ellas. Tan sólo les llegaba el eco de la música desde el Foyer; las paredes vibraban, y el sonido de la lluvia en el exterior se colaba a ráfagas, distorsionado los tonos y ahogando las notas. Los goterones impactaban contra el ventanal, el gris desdibujaba el contorno de todo lo que las rodeaba. Eran rivales en el escenario, pero tras él se convertían en aliadas contra el resto del mundo.

–No sé qué idioma hablarán los espíritus, pero quiero probar este juego. –Claudine descolgó uno de los candiles de una pared y lo apoyó en el suelo, cerca de la *ouija*. Luego se sentó con las piernas cruzadas y cuadró los hombros, muy tiesa–. ¿Cómo se empieza?

Niní esbozó una sonrisa de medio lado. Inclino el rostro hacia la niña de cabello dorado y, cuando habló, su voz adquirió un tinte fúnebre:

–Tengo que avisarte de que he escuchado historias terroríficas sobre la *ouija*. Mi padre dice que sólo es un juego, pero Clément me contó cosas... ¿Estás segura? ¿Y si alguno de los espíritus quiere hacernos daño? –Lanzó una mirada teatral a su alrededor–. ¿Y si abrimos las puertas del infierno con nuestra llamada?

–Mi madre siempre me dice que hay que temer más a los vivos que a los muertos. Yo no soy ninguna cobarde. ¿Lo eres tú? –respondió la otra, con los brazos en jarras y con una risa de cascabeles.

–La mía lo que me dice siempre es que yo soy el mismo demonio –musitó Niní encogiéndose de hombros. Volvió a apretar la mano de su compañera–. No me sueltes, ¿de acuerdo? Lo primero que hay que hacer es solicitar la presencia de los espíritus. Papá me explicó cómo lo hacen las damas en sus reuniones.

Claudine la miró muy atenta. El sonido de la música de fondo cesó de repente tras una nota discordante, como si al intérprete se le hubiera roto una cuerda del violín. El silencio se

solidificó a su alrededor, tan sólo roto por el golpeteo rítmico de la lluvia.

–Si hay algún espíritu afín que desee hablar con nosotras, le rogamos que aparezca en nuestro mundo. Si hay algún espíritu que quiera contarnos algo y responder a nuestras preguntas, le rogamos que nos demuestre su presencia –trató de modular una voz demasiado grave para ella, y a Claudine se le escapó una risilla–. ¡Calla! Los espíritus pensarán que nos reímos de ellos.

–Perdona, tienes razón. ¿Y ahora qué hacemos? –preguntó.

–Tenemos que poner el dedo índice sobre el trozo de madera para que los espíritus puedan moverlo. Ellos solos no son capaces, nos necesitan.

Temblaban por la emoción y el nerviosismo cuando posaron las yemas en el sitio convenido.

–¿Algún espíritu mora en este lugar?

Inhalaron la tensión de la espera, el vaho se concentró alrededor de sus labios. La madera crujió por la humedad, y el frío que se acumulaba en el exterior. Las dos dieron un respingo, pero no abandonaron su posición.

–¡Si algún espíritu desea hablar con nosotras, que se muestre ya!

El óvalo de madera tembló y se desplazó unos centímetros. La luz anaranjada de la pequeña lámpara titiló, como si alguien hubiera soplado sobre la llama.

–Lo has movido –acusó Niní.

–¡Yo no he hecho nada! ¿No habrás sido tú?

La niña que parecía un hada negó con vehemencia.

–Vamos a preguntar algo para saber si es un verdadero espíritu –zanjó–. ¿Quién es mi alma gemela?

El objeto se deslizó con una cierta vacilación al principio por la superficie del tablero, titubeando. Luego se movió de forma precisa, deteniéndose con brusquedad de letra en letra.

–A-D-R-I-E-N –leyó Niní, abriendo mucho los ojos–. ¿Se refiere a ese muchacho delgado con el que vas a veces? –Se rio mientras echaba la cabeza hacia atrás, sin romper el contacto con

el óvalo de madera. Sus rizos del color del bronce saltaron sobre su espalda, y el rostro aniñado se afiló con un gesto entre divertido y desafiante—. ¡No pegáis nada! Es más guapo el otro chico, el alto y rubio, Alain. ¿A ti te gusta?

Claudine la fulminó otra vez con esa mirada de hielo que reservaba para sus enemigos acérrimos, aunque dos rosetones tatuaron sus mejillas durante los minutos siguientes.

—Te toca preguntar a ti..., si te atreves —siseó con malicia.

—¿Quién de nosotras llegará a ser primera bailarina?

N-I-N-G-U-N-A.

—¡No es posible! —saltó Claudine—. Somos las mejores de la clase. Ni siquiera necesitaremos que alguien nos patrocine. Seguro que estaremos en los ballets más famosos por nuestros propios méritos —exclamó, indignada.

—Hay que preguntar algo diferente... Algo que nadie sepa. —Niní entrecerró los ojos mientras se mordía el labio—. ¿Cuál es mi recuerdo máspreciado?

Un relámpago robó los colores de la sala para blanquearla de un fogonazo. El sonido del trueno se demoró unos segundos y reverberó contra los cristales. El viento arreció.

B-E-S-O.

Claudine la miró en cuanto el óvalo dejó de moverse. A Niní le temblaban los labios, pero asintió sin decir una sola palabra.

—¿Alguien te ha besado ya? —Su amiga no ocultaba ni la envidia ni el desconcierto—. ¿Quién? ¿Por qué nunca me lo has contado?

—No se lo he contado a nadie —susurró.

—Entonces es realmente un espíritu quien nos habla. ¿Cómo podría saber eso, si no?

Las dos niñas escudriñaron los rincones, esperando encontrar una grieta en la oscuridad que las rodeaba, algo fuera de lugar. Pero no hallaron nada.

Niní se concentró en el tablero. La madera vibraba bajo su mano, y un escalofrío le recorrió desde la punta del dedo hasta la base del cuello.

–Si ninguna de las dos vamos a seguir bailando..., ¿cuál será nuestro futuro?

L-O-C-U-R-A. D-O-L-O-R.

El trueno que rompió el cielo ahogó el gemido de las niñas al retirar las manos de la *ouija*. El trozo de madera volvió a la posición normal de forma brusca en cuanto cesó el contacto y se quedó oscilando. La tormenta arreció, y el golpeteo contra las ventanas se hizo frenético, como el latir de sus corazones. Ni siquiera la luz del candil pudo hacer retroceder el azul profundo y oscuro en el que la tempestad había sumergido la sala. El aroma de la tierra mojada se coló por los resquicios de los ventanales mal ajustados junto con alguna ráfaga de aire helado. Las niñas notaron cómo se les erizó el vello y se acurrucaron contra la pared, sin dejar de mirar a su alrededor, aterrorizadas.

–No quiero seguir jugando –suplicó Niní, negando con la cabeza.

–¡Pues recógelo! ¡Tú lo has traído! –ordenó Claudine al tiempo que se levantaba, intentando controlar el temblor de sus rodillas.

–Ni siquiera quiero tocarlo –confesó sin voz-. ¿Por qué nos ha dicho esas cosas horribles? ¿Crees que nos pasará algo malo? –Niní buscó a Claudine para fundirse en un abrazo. Ese contacto real y la corriente cálida que inundó sus cuerpos las calmó un tanto, y se quedaron así durante un tiempo indefinido, oyendo cómo la tormenta despedazaba el cielo hasta no dejar ni un jirón de nube. Juntas se sintieron capaces de enfrentarse a la *ouija*, al espíritu y al mundo entero.

–¡No nos va a pasar nada! Nos protegeremos la una a la otra –sentenció Claudine-. Haremos un juramento, ahora mismo. Un pacto de sangre.

–¿Cómo Gunter y Sigfrido en *El anillo de los Nibelungos*? Claudine..., esa historia acaba muy mal.

–Porque eran hombres, y los hombres no son de fiar –repuso ella, elevando la barbilla.

Niní asintió con gravedad, preguntándose qué le depararía ese compromiso irrevocable. Pero sin dudarle ofreció las palmas

de sus manos extendidas a Claudine. Ésta ya se quitaba una horquilla del cabello, y al instante siguiente presionaba con fuerza en la yema de uno de sus dedos, hasta que brotó una gota carmesí. Niní jadeó como respuesta. Lo repitió en su mano y buscó la palma de su amiga, para que sus heridas coincidieran y la sangre se mezclara. Frotaron los dedos los unos contra los otros y luego los extendieron, rosados y pegajosos, entrecruzados para buscar los huecos entre ellos sin llegar a ocuparlos.

—¡Mira, Claudine! Parece una tela de araña. —Niní observaba el patrón que habían formado, similar al artrópodo que tejía en el rincón de la sala—. Ahora somos hermanas para siempre, ¿verdad?

Claudine asintió en silencio. En realidad, siempre lo habían sido. Aunque la rivalidad sobre el escenario se recrudecía por momentos, detrás de las bambalinas eran inseparables; celebraban los triunfos y se consolaban en los fracasos.

—Juntas... —murmuró Niní, fascinada por la sangre que aún percibía sobre la piel—. Juntas seremos como una araña que teje su red para protegernos. Y sabremos cuándo la otra necesita ayuda, porque sentiremos las vibraciones de los hilos que nos unen. Si una cae, la otra la sostendrá. Seremos una telaraña.

Las dos niñas se miraron, y no pudieron evitar sentir un escalofrío. Entretanto, la noche se adentró en la calma, la lluvia amainó. Ellas habían sellado un pacto de amistad eterna sin ser conscientes de que los juramentos son elecciones que cambian vidas y las palabras, el curso de la historia.

—Se ha hecho tarde —anunció Claudine con voz insegura, aún imbuida de la gravedad del momento. Deshizo el contacto y fue a buscar sus cosas. Miró hacia la puerta con la duda en el semblante—. ¿Salimos ya?

Niní dirigió una última mirada a la araña, que ahora devoraba un insecto en su recién estrenada tela, antes de seguir a Claudine, que ya había sido engullida por el hueco de las escaleras. Sonrió. Por una vez en su corta vida se sentía tan poderosa como aquel animal. Claudine, con su aire de hada y su magia al danzar, se había tragado la representación que había

hecho para ella. Estaba deseando contárselo todo a Clément. La broma había sido idea suya, por supuesto. Claudine no gozaba de la simpatía de su hermano. Decía que era demasiado altanera para su clase social y que no le vendría mal un escarmiento. Le repitió que sólo iba a ser una broma inocente con la que reirían juntos después, cuando ella le planteó sus dudas sobre hacer algo así a su amiga; pero la verdad es que había sido divertido. Mover la madera de la *ouija* para asustarla fue muy sencillo, sólo debía tocarla con suavidad. La tormenta había hecho el resto.

Sin embargo, algo en su interior le decía que no había sido buena idea. Las últimas palabras de la *ouija* no figuraban en el plan. Ella había movido la madera, seguro; no podía haber sido de otra manera. Se había dejado llevar por el momento y había improvisado sobre la marcha. Pero el resultado fue más aterrador de lo planeado, e incluso ella misma se había sobrecogido. Hubo algo mágico e inamovible entre las dos en el abrazo de consuelo que le había llevado a pensar en el pacto de la telaraña. Claudine era su amiga, y ahora también su hermana de sangre. En realidad, las piezas encajaban. Siempre se había sentido fuera de lugar, y esa tarde había encontrado un hueco precioso donde sentirse protegida. Eso no se lo contaría a Clément.

Cuando salieron a la calle, la lluvia había expulsado a los transeúntes y tan sólo los carruajes despedazaban los charcos, embarrando la tierra prensada de la calzada. Un muchacho desgarbado se apoyaba contra la pared de la entrada de la Ópera, con actitud despreocupada y envuelto en un aura de aplomo adolescente, como si la estructura necesitara de su hombro para sostenerse. De tez pálida y rizos negros sobre la frente, hubiera podido pasar por un héroe sacado de alguna novela del romanticismo.

Niní salió corriendo hacia él y, echándole los brazos al cuello, le plantó un sonoro beso en la mejilla. Claudine inclinó levemente la cabeza y fue correspondida de igual modo.

–¡Clément! –gritó la chiquilla del cabello del color del bronce–. Tengo muchas cosas que contarte.

El chico le guiñó un ojo mientras echaba una mirada de soslayo a Claudine.

–Espero que sí, pequeña –susurró para que la otra no lo escuchara–. ¿Esta noche me contarás una buena historia?

Niní sonrió ante la perspectiva del relato cuando el resto de los habitantes de la casa estuvieran dormidos. Siempre que podían, se reunían en la habitación de la chiquilla para asustarse mutuamente con cuentos de terror. Iba a contestar cuando oyeron unas risotadas impropias para aquella hora, y los tres volvieron la cabeza al unísono. Una pareja caminaba haciendo eses hacia ellos. Claudine soltó una imprecación.

La mujer, esbelta y con una belleza fría que contrastaba con el intenso color que brillaba en sus mejillas y labios, movía exageradamente las caderas en un bamboleo que en un tiempo pasado debió ser sensual, pero que con los años había tomado un cariz rígido y mecánico. A cada paso se llevaba la mano al escote para que su acompañante se fijara en las prominentes curvaturas que dejaba asomar. Vestía un traje pasado de moda, de tela demasiado fina para esa época del año, mientras que la pluma de su sombrero caía, lánguida y apelmazada, sobre su cabello pajizo, casi blanco. A su lado, el hombre mostraba un cráneo casi desnudo, con el cabello ralo sobre las orejas, y unas patillas que crecían hirsutas en la línea de la mandíbula. Poseía una mirada profunda y oscura, nublada por los vapores alcohólicos que los tres jóvenes podían oler desde donde estaban. Su traje de chaqueta y abrigo a juego eran de buena calidad, y, a pesar del frío, llevaba el pañuelo desatado al cuello y la camisa abierta en el pecho.

–¿Por qué no termina el trabajo antes de venir a buscarme? –masculló Claudine entre dientes mientras dirigía una mirada de desprecio a la mujer–. ¡Mamá, quiero irme a casa ya!

–Espera, cariño, te voy a presentar a un viejo amigo de los buenos tiempos –repuso la recién llegada, y agarró al hombre del brazo para atraerlo hacia sí–. Querido, ésta es mi hija Claudine. Por ella tuve que abandonar Le Chabanais, y gracias a ella me retiraré de las calles. Me lo debe –pronunció las tres últimas palabras como una advertencia.

El desconocido lanzó una apreciativa mirada a Claudine y comenzó a reírse de nuevo.

–Bueno, Marthe, primero le tendrán que crecer las tetas.

La chiquilla enrojeció; sus ojos llamearon y apretó los labios ante la risa de Clément, quien no pudo ocultar su regocijo, aunque Niní le pellizcaba el brazo para que se callara.

–Eso espero, mi querido Tassart. Si no le crecen pronto, se las hincharé yo misma a soplidos.

Su acompañante celebró la ocurrencia lamiéndole la mejilla y manoseándole el trasero. Le susurró algo al oído, y ella estalló en carcajadas.

–Claudine, gracias a este caballero pagaremos el alquiler a tiempo. ¿Recuerdas que te he hablado muchas veces de Guy de Maupassant y su enamoramiento conmigo en los tiempos de Le Chabanais? Pues él era su mayordomo. ¡Qué digo! Su mejor amigo. Cariño, te presento a Francois Tassart.

El hombre hizo una reverencia exagerada y lanzó a Claudine un sonoro beso.

–Vámonos –pidió Niní, tirando de la manga del muchacho mientras le dedicaba una mirada de disculpa a su amiga–. Esto no me gusta.

–¿A quién tenemos aquí? –se interesó Francois Tassart–. ¿Una parejita feliz? ¿Criaturas inocentes que aún creen en su invulnerabilidad? ¡Ah, serán las próximas víctimas de la decadencia y del deseo! Nadie está a salvo de la locura.

Clément se interpuso entre su hermana y él, aunque no pudo evitar que sus miradas se cruzaran. Al descubrir los ojos de Niní, el desconocido perdió el color del rostro por completo. Pequeñas gotas de sudor le recorrieron la sien, y las manos le comenzaron a temblar. Retrocedió trastabillando.

–¡Tú! –Señaló a Niní con un dedo acusador, los ojos desorbitados por la sorpresa–. ¡Eres la hija del demonio! Te reconozco por esos ojos malditos. –Un hilillo de espuma mojaba sus labios pálidos mientras escupía esas palabras sin sentido, arrastradas por los vapores alcohólicos–. Lo acordé todo para que la tuviera por una noche, para que comprobara que era sólo una mujer y

abandonara sus pesadillas. ¡Y he aquí el fruto de su vientre! Y, por lo que veo, criada entre gente rica. ¿Conoces el infierno donde te engendraron, niña?

Niní comenzó a sollozar y escondió la cabeza en el pecho de Clément, que estaba paralizado. La madre de Claudine miraba sin comprender a su acompañante y buscó la mano de su hija para sostenerse. Los cascos de un caballo repiquetearon al acercarse, y a lo lejos doblaron unas campanas con un sonido metálico que reverberó multiplicado por las calles. Como si fuera una señal, Clément despertó del trance y arrastró a Niní hacia el carruaje que se aproximaba, al tiempo que hacía un gesto al cochero para que se detuviera.

—¡Maldito el día en el que mi amo conoció a tu madre en aquella casa del demonio! ¡Esa bruja lo obsesionó hasta la muerte, y yo me quedé sin benefactor! ¡Ojalá hubiera abandonado a Vivianne en esa casa de monos pervertidos! Pero no... ¡Intentó salvarla, y ella le contagió su locura! ¡Me debes una vida, niña!

Niní se acurrucó bajo el brazo de Clément cuando se acomodaron en el coche y reprimió un escalofrío. El cochero azuzó al caballo. Mientras se alejaban, aún podían oír los gritos del hombre a su espalda. Niní echó un último vistazo hacia la calle por la ventanilla trasera. Claudine era una mancha borrosa e inmóvil en la puerta de la Ópera, y su madre corría tras aquel hombre que gesticulaba sin control.

—¡Espera, me prometiste pagarme el alquiler si pasaba la noche contigo! ¡Por los buenos tiempos! Por favor... —oyó a lo lejos.

Clément le susurraba palabras tranquilizadoras, pero la chiquilla no lo escuchaba. Una angustia inexplicable le impedía respirar. A su mente llegaban imágenes extrañas de paredes rojizas y de una mujer que le cantaba una nana. De repente, un sabor dulce le llenó la boca, seguido de una náusea de soledad y frío. Se obligó a respirar despacio. Ese hombre estaba loco, un desdichado que había perdido la cabeza por el alcohol, y ahora ella estaba a salvo de esa oscuridad que desprendía, del abismo acusador de su mirada. La protegían las personas que la amaban, y Claudine era su hermana de sangre. Todo iría bien.

PRIMERA ARIA DE CONTRALTO

A veces me gustaría ser una hoja sobre el agua. Dejarme llevar, mansa, por la corriente. Si el río me voltea, veré el mundo desde otra perspectiva; si decide mantenerme sobre mi envés, contemplaré el cielo sin más. Pero no. Siempre he girado la cabeza hacia donde me prohibían hacerlo. Podría decir que así ha ido mi vida, pero eso sería compadecerme de mí misma y una auténtica pérdida de tiempo.

Esto de estar loca es agotador. No creo que los doctores que me examinan las heridas de las muñecas o las cicatrices de las piernas con esas miradas entre impotentes y enfadadas sean conscientes de la energía que necesito para controlar mi mente entre los límites de la locura. Observar mi entorno y elegir el material adecuado para rasgar la piel, presionar con la fuerza precisa para abrir una línea recta y conseguir que brote la sangre, recibir el dolor como el bien máspreciado que tengo entre estas cuatro paredes y que se me escape un gemido inconsciente de triunfo. Lo necesito para saber que estoy viva y que aún soy yo la que decido alejarme del mundo para que los míos estén a salvo. Herirme es un acto de supervivencia, al igual que he herido a otros en el pasado por el mismo motivo. Bailar ya no es suficiente, no después de Bruselas y Colonia. No después de la guerra.

Comienzo este diario para que me dejen tranquila. Estoy cansada de nadar a contracorriente y negar o discutir cada petición. Una única cesión para los buenos de los doctores, una puer-

ta para invitarlos a introducirse en mi cabeza y conocer qué caminos tortuosos me han traído hasta aquí. Como si al escribir mi historia pudieran saber lo que soy. Me dan ganas de reír. De hecho, me río. Y ya vienen a ver qué pasa. Nada como una carcajada en un lugar como éste para que todo el mundo se inquiete y asome las cabezas por la puerta. Es divertido verlos así, sus rostros preocupados tornan hastiados, se forman sombras en sus bocas, borrones de palabras que no se atreven a pronunciar, porque ellos están por encima de los locos. Pero a veces veo un brillo de reconocimiento en la mirada de alguna de las enfermeras, como si en mi risa nos hubiéramos encontrado durante un instante. Todos, absolutamente todos, hemos jugado con la locura en algún momento. Yo he decidido abrazarla y mantenerme así. ¡Qué lástima me dan los que lo niegan! Se niegan a sí mismos, entonces.

¿Qué me quedaría si me arrebatan mi insensatez y mis desatinos? Loca he amado. Y varias veces, por cierto. Eso del único amor es una falacia. En mi corazón albergaba varios y aún permanecen algunos, a pesar de lo que hicieron o de lo que obviaron, porque cuando uno ama lo hace a pesar de las acciones. Ama por la esencia o por el alma, por cómo baila o cómo se cae. Por lo que es, por lo que falta. O simplemente ignora los porqués y se lanza al vacío, esperando... Latir a destiempo, al ritmo de otra vida, mientras vadeas la tuya en un lapso inoportuno de recuerdos y anhelos. Es algo que se aferra a tus entrañas; algo que arde, a pesar del frío de la ausencia o de las caricias del cuerpo de otro. Quien no haya sentido eso, no ha amado locamente. A veces he odiado a mis amores, pero eso no significa que haya dejado de amarlos o que haya dejado de quemarme en su lejanía. Vuelvo la vista atrás e imagino mi vida como un ballet interpretado sobre el escenario. Candilejas para iluminar los movimientos hacia el público, sedas, brocados, destellos. Sombras en los foros, donde se seca la sangre fresca de las heridas en los pies. Una vida que no tuve pero quisiera haber tenido.

Bailar ha sido mi refugio y mi escape. Aprisionar los sentimientos entre un movimiento y otro para moldearlo y cambiarlo, hasta que la carne se estremece por el esfuerzo. Y luego lanzarlo

al aire, habiéndolo hecho mío y a la vez universal y eterno. Escupirlo para que otros vivan lo que yo he vivido, transformar lo que otros han vivido para poder contarlo, aunque no lo haya vivido yo. Las puntas de los dedos vibrando aún por la liberación, y el siguiente paso, contenido, esperando su momento. Marcar los límites con tu cuerpo para luego romperlos sin pudor. Si alguien sabe de locura es quien ha convertido su ser en danza o quien ha danzado para poder ser. Y, sin embargo, hubo un momento en el que fui incapaz de bailar y tuve que aferrarme al dolor físico para continuar. Aunque aún me queda mucho que contar para llegar a eso.

¿Qué hubiera sido de mi vida si no me hubiera enamorado? Esas noches en las que las cicatrices dejan de latir, me lo pregunto una y otra vez, hasta que me puedo concentrar en el frío de la madrugada y todo se diluye de nuevo. No tiene sentido curiosear los caminos que fueron borrados ni imaginar comienzos alternativos que jamás sucedieron. Solo sé que yo era una niña feliz, con una familia que me quería... a su manera, aunque a mí eso no me importaba. Cedí a la locura por primera vez cuando el amor se coló bajo mi piel, tiró de ella hasta rasgarla y me convirtió en otra cosa. En alguien que no conocía el mundo en el que había nacido, pero pronto lo comprendería de la peor forma posible. ¿Puedo alegar que el culpable es un ente desconocido? ¿El azar, Dios, las lecturas del *bokonon*, el haber interferido en los designios de los loas, aquel juramento que me ató a la telaraña? Unos dirán que he sido un ángel; otros, un demonio, maldita desde mi nacimiento.

¿Quién soy en realidad? ¿Por dónde debería empezar este diario? Aunque los doctores ya conozcan mi nombre y apellido, creo que lo más correcto sería presentarme y contar de dónde vengo. Oficialmente, nací en Lyon, en 1890, aunque esto no es cierto. Me llamo Eugénie Milloué, pero todos me llaman Niní.